

Robert Wuthnow

American Mythos.

Why our best efforts to be a better nation fall short?

(Princeton, Princeton University Press, 2006)

Estados Unidos es la primera potencia mundial en el ámbito de las ciencias sociales y su mejor producción es referencia básica de la academia global. Por eso mueve a alarma la sensación de que, especialmente desde 2001, la opinión favorecida por sus principales grupos editoriales y mediáticos se ha escorado tanto hacia ciertas opiniones autoafirmativas que, en particular para los autores de cierto fuste y relieve, sería arriesgado impugnarlas e incluso discutir las. Un ejemplo: el libro de Jared Diamond *Colapso* (Debate, 2006; *vid. REIS* 111), un gran análisis comparativo de las causas socioecológicas del hundimiento de varias sociedades y civilizaciones. Todo en él insinúa que la economía y la sociedad estadounidenses son insostenibles en su forma actual —incluye, como botón de muestra, un ilustrativo estudio del Estado de Montana—, pero la posibilidad de su colapso se excluye expresamente —aunque tal aseveración se funde en la *confianza* en la capacidad de esa sociedad para efectuar una reconversión ordenada y pronta—.

La misma impresión produce *American Mythos*, un concienzudo análisis del imaginario colectivo (aquí denominado «cultura profunda») nacional expresado en entrevistas en profundidad con estadounidenses de origen inmigrante reciente, con el fin de examinar los supuestos tácitos, sesgos y fantasías que impiden a Estados Unidos

ser un país «mejor». El trasfondo, expresado a trazos sueltos a lo largo del texto, es la crisis de confianza política subsiguiente a los atentados del 11-S y el fracaso del esfuerzo movilizad por la Administración Bush en defensa de la seguridad y la hegemonía internacional de Estados Unidos. El país, declara Wuthnow, precisa reafirmar sus valores y para ello debe hacerse consciente de hasta qué punto la autocomprensión que le proporcionan los relatos «míticos» populares que elaboran las razones últimas de su éxito histórico previo y su preeminente estatus presente oculta parte de las causas del magro éxito de su actual empeño político.

Wuthnow intenta efectuar un «desplazamiento» discursivo que implica una transformación trascendental: trasladar la bondad *consustancial* a Estados Unidos del *sueño* americano local al *proyecto* americano global, de la promesa de que, en esa sociedad libre, todo individuo tendrá una oportunidad justa de llegar a encarnar, según la medida de su talento y su esfuerzo, el «estilo de vida americano», al diseño de un gobierno mundial mínimo consistente en una asociación diplomática voluntaria de repúblicas sólidamente democráticas regidas por valores y principios no maquiavélicos, empezando por la asunción de proteger las libertades y los derechos individuales, y encabezada por Estados Unidos, naturalmente, como legítima superpotencia preponderante.

La continuidad de ambos planteamientos nace de que los dos se basan en el mismo conjunto de virtudes republicanas —autorresponsabilidad, autosuficiencia, autogobierno, laboriosidad, ambición, espíritu de empresa, honradez, sentido de la justicia, decencia, hospitalidad, amor a

la familia, piedad religiosa, compromiso cívico, tenacidad—, que deberían bastar por sí solas para consolidar localmente y extender globalmente la libertad y la democracia, pero que, obviamente, no bastan. ¿Por qué? Al subtítulo del libro, «¿Por qué nuestros esfuerzos por ser una nación mejor resultan insuficientes?», éste responde: porque las historias mediante las que los estadounidenses se narran quiénes y cómo son les dicen, como el espejo mágico de la madrastra de Blancanieves, que son los mejores y, además, que ya son lo bastante buenos, y que los supuestos tácitos de esa autocomplacencia, raramente analizados, les impiden advertir que esos relatos les mienten.

Desde el siglo XVIII, teólogos políticos autóctonos definieron *América* como una nación *excepcional* que no busca acrisolar una «esencia» histórica ni la *grandeza* imperial, sino que es una «nación-proyecto» que encarna un plan de mejora universal, una república democrática providencial, una tierra de oportunidades equitativas abierta a todos los hombres libres y una meritocracia justa para todos los dispuestos a poner su talento al servicio de su iniciativa, una patria mucho mejor que cualquier monarquía, aristocracia, oligarquía, dictadura o imperio colonial del Globo, hasta 1941, y la promotora y garante de la libertad, la democracia, la justicia y la paz para todas las naciones el medio siglo posterior. Pero tras la guerra fría el papel redentor de Estados Unidos periclitó y ni tuvo sucesor bajo la presidencia Clinton ni el liderazgo mundial contra el terrorismo abanderado por la Administración Bush ha logrado serlo.

En la pluma de Robert Wuthnow, Estados Unidos hace aquí un discreto y *peculiar* examen de conciencia basado en el análisis de entrevistas

en profundidad con inmigrantes «triunfadores» de primera o segunda generación llegados al país después de 1970 y que han alcanzado prominencia en distintas profesiones o como líderes colectivos. Sus narraciones autobiográficas confieren un sentido de *identidad y propósito* a sus vidas y cuando devienen historias sobre *moralidad* —no sobre lo que se debe o no hacer, sino sobre expectativas, derechos, compromisos y responsabilidades individuales y colectivos— son particularmente reveladoras de los *supuestos tácitos profundos* de la motivación, la legitimación y la acción social de la nación de la que ahora son ciudadanos.

Estas narraciones son claves porque el orden social descansa en parte en la difusión de relatos eficaces en conseguir que las diferencias de poder y estatus existentes se sientan legítimas, relatos que funcionan en tanto resuenen con supuestos culturales profundos y dados por supuestos sin relación aparente con las políticas concretas que puedan estar en discusión. Cotidianamente, esos relatos «apoderan» (*empower*) a los individuos, reafirmando en que podrán en el futuro porque pudieron en el pasado, pero que, por ser parciales, *medias verdades*, de hecho, *sesgan la autopercepción* y, así, minan o frustran los esfuerzos de mejora.

De ahí la necesidad de reflexionar sobre ellas, no con la esperanza de revelar verdades «más profundas», ni menos una «nueva ortodoxia», sino de aclarar las interpretaciones de la experiencia vivida y sus supuestos tácitos para favorecer la renovación de la democracia deliberativa y mejorar la eficacia política del país. Sus temas básicos recurrentes son la individualidad, el éxito y el fracaso, la libertad, la autoindulgencia, la responsabilidad, la inmigración, la diversidad, la dis-

criminación, el dinero, el privilegio, la justicia y la equidad, la religiosidad, el egoísmo, el materialismo o la ambición. A su vez, a éstos les subyacen temas transversales más profundos sobre la relación entre el individuo y los colectivos, la articulación vivida del pluralismo, la ambivalencia respecto al ascetismo y el hedonismo, y la preocupación por el lugar de los Estados Unidos en el mundo, su «arrogancia» y su capacidad de reconocer y enmendar errores. El análisis muestra lo que podría llamarse nuevas «contradicciones culturales del capitalismo» estadounidense.

En el discurso de los «triunfadores americanos» el éxito profesional es, entendiblemente, el valor supremo, pero datos de encuestas muestran su aprecio general en la sociedad estadounidense —los triunfadores son modelos de quienes definen su vida en términos de ambiciones y esperanzas y se autointerpretan como sujetos autorresponsables y autogobernados—. Son relatos de personas «hechas a sí mismas» que subrayan la importancia de la libertad individual para motivar iniciativas y carreras competitivas y que explican su éxito por su talento, fortaleza interior, laboriosidad, honradez, determinación y buen juicio personales. Estos relatos *ejemplares* tienden a seleccionar en exceso temas *individualistas* y a oscurecer la aportación social al éxito —así, el medio familiar o académico del narrador suele aparecer como fuente de *sus* valores morales y *su* fuerza de carácter, no de capacitación, guía, apoyo económico y moral o capital social; tampoco destacan historias paralelas de hermanos, vecinos o condiscípulos igual de prometedores que eligieron otra trayectoria vital o que fueron desafortunados o les faltó el apoyo o la solidaridad de los más próximos en un momento crucial de fragilidad o necesidad—.

De otro lado, la explicación casi exclusiva del éxito por el mérito *legítima* en términos del coste incurrido —ya no de las penalidades físicas del viaje y el trabajo, sino del detrimento psicológico debido al desarraigo y al debilitamiento de los lazos adscriptivos— *cualquier* nivel de renta alcanzado y su libre disposición, lo que induce una hostilidad radical a los impuestos *por principio*; una definición de la beneficencia como *otra* expresión de excelencia *personal*, no como *obligación* moral; una preferencia por abordar la cuestión de la desigualdad en términos de *incentivos* y *oportunidades para los individuos* más ambiciosos, y no de instrumentos *sistémicos* que remodelen las reglas del juego, y una infravaloración del coste del «desarraigo» en el debilitamiento de lealtades comunitarias.

Las lealtades comunitarias son esenciales para la construcción de «yoes incardinados fuertes» (*strong embedded selves*), del tipo de individuo capaz de comprometerse *voluntariamente* en una comunidad de *obligación moral* y de aceptar sus constricciones sin perder su capacidad de distancia crítica respecto a ella —pues se participa de múltiples comunidades que se solapan y compiten y hay que negociar duro sus discrepantes definiciones de «lo bueno»—, el individuo-ciudadano moral, fuerte, abierto y participativo que es la piedra sillar de una democracia deliberativa vigorosa. En cambio, el acento en el «mérito individual» tiende a obviar la creciente desigualdad económica nacional y el peso de la estructura de los mercados en la renta —no es lo mismo jugar en una liga masculina que en una femenina—, y hace de la virtud cívica una opción *personal* en lugar de una responsabilidad *moral*.

En lo profundo late aquí la ambivalencia hacia el desarraigo: la movilidad para estudiar en la

universidad, elevarse profesionalmente y residir en el entorno social apropiado se ve como un paso necesario hacia la madurez, entendida como *la renuncia al hogar*—lugar de relaciones familiares, amistosas y sociales más afectuosas y solidarias que las que nunca se construirán con colegas o socios— para *hacerse responsable de sí mismo, ser autosuficiente y prosperar*. Esto es legítimo, pero la noción de que los estadounidenses son un pueblo sin raíces (hogares rotos, familias dispersas con vínculos débiles, comunidades en declive) incide en su negativa imagen exterior y, sobre todo, en su propia autoadhesión moral, pues entre sus más altas aspiraciones también está el contar con un hogar colectivo que alimente sus convicciones y valores identitarios esenciales.

Estos relatos miran hacia las identidades étnicas o religiosas como fuentes de renovación moral. Y es que, sin olvidar una larga historia de actitudes racistas y nativistas, Estados Unidos siempre ha valorado la diversidad étnica y el pluralismo religioso como manantial de identidades personales fuertes en un mundo incierto, de normas, valores y lazos sociales significativos, de solidaridad comunitaria, capital social y ese sentimiento de *obligación* moral libremente asumida que nutre a una ciudadana que no se desmoviliza en la autocomplacencia: credos, vecindarios y asociaciones confesionales o étnicas son organizaciones donde la gente —los inmigrantes recientes en particular— supera su aislamiento y aprende nuevos modelos de rol y de ciudadanía.

En las últimas décadas la religiosidad de los estadounidenses se ha vuelto más diversa —de un 5 a un 10% de creyentes no judíos o cristia-

nos—, más tolerante y abierta a la discusión multidoctrinal, más inclusiva y multiétnica, tanto en su conjunto como en lo que respecta a casi todos los cultos y credos, lo que prueba la salud de la libertad religiosa y el «mercado espiritual». Pero esta floreciente religiosidad «reinventada» se ha vuelto también más personal y privada, más un «autoservicio de salvación» para momentos de tribulación que escuelas de pensamiento deliberativo sobre cuestiones de principios y valores basadas en tradiciones credenciales particulares, antiguas, ricas y robustas.

Algo similar ocurre con los grupos étnicos y raciales minoritarios. La inclusión ha mejorado con políticas de igualdad de oportunidades y anti-discriminación y, aún más, gracias a un nuevo y genuino respeto y aprecio por el valor de la diversidad étnica. Pero ésta se vive hoy con ambivalencia: es algo significativo, entrañable y motivo de orgullo, pero siempre que sea fácil y no cause problemas —puede ser un lastre en la vida profesional—, por lo que se la prefiere a modo de «estilo de vida negociable»: más epidérmica, folclórica y «aceptable para el mercado» que la consistente en lazos fuertes y *costosos*. A este respecto, individuos, familias y comunidades inmigrantes lo tienen tan difícil como el resto para mantener un discurso menos individualista y una tradición moral que disuada al individuo de hallar en su vivencia étnica o religiosa un modo de retraerse a las responsabilidades cívicas públicas.

Los estadounidenses ponen su esperanza, de un modo especial, en la renovación moral que supondrían los inmigrantes en su actitud hacia el «materialismo» (masivo consumo de bienes y servicios de gratificación *material* inmediata),

pero su fantasía resulta defraudada: no hay diferencias. De un lado, el deseo de «más consumo conspicuo», sostenido por una descomunal presión publicitaria, es generalizado; de otro, existe una difundida sensación de que *lleva demasiado* trabajo, tiempo y dinero —porque al alcanzar cierto grado de opulencia parece buena idea tener menos, o por el efecto perverso de que aspiraciones y expectativas hayan crecido más deprisa que los ingresos, quizá—.

Evidencia anecdótica pero nada despreciable de esta ambivalencia es, por ejemplo, que en febrero de 2007 el segundo libro en la lista de los más vendidos de la distribuidora Amazon, sólo por detrás de la séptima entrega de Harry Potter, era *The Secret*, una secuela del libro de autoayuda «trascendentalista» *The Law of Attraction* (Esther y Jerry Hicks, Hay House, 2006), una obra sobre cómo alcanzar el éxito y conseguir lo que quiera que uno desee, también éste en puestos altos de la lista junto con otros «compañeros de viaje», pero entre éstos figuraba también un ensayo en pro de la sencillez (relativa), *It's All Too Much: An Easy Plan for Living a Richer Life with Less Stuff* (Peter Walsh, Free Press, 2006), aunque precedido por lo que parece un intento de aunar lo mejor de ambos mundos: *Getting Things Done: The Art of Stress-Free Productivity*. Si éstas son sus lecturas favoritas, parece poco arriesgado suponer que los estadounidenses quieren vivir con menos estrés, en especial sin el relacionado con las compras, pero no contemplan la opción de dedicar menos tiempo al trabajo ni de reducir sus gastos —y ahorrar o donar—. ¿Por qué deberían? ¿No?

No obstante, la cuestión sería que *existe* una tradición *normativa* que solía indicar cuánto —o

cuándo— era suficiente o demasiado. Sus principios son los de la tradición bíblica: injusticia —todo es mucho si se ha obtenido ilícitamente— e idolatría —es malo cuanto se antepone a la voluntad de Dios—, secularizadas, respectivamente, en las nociones de alienación y explotación de Marx y en la de trabajo instrumental, no vocacional, y renta como fin en sí misma, no al servicio de valores, en Weber. Hoy, en Estados Unidos, aunque no reniegan del ascetismo como principio, ni las comunidades étnicas ni las religiosas sostienen, sin embargo, eficazmente la convicción «puritana» de que ni la posesión material ni una felicidad personal desligada del bienestar comunitario son varas idóneas para valorar una vida, lo que redundaría en la general ambivalencia hacia el materialismo.

Todos estos mitos, referidos a y enunciados por los mismos (triunfadores) inmigrantes, tienen en común buscar soluciones a la renovación de la cultura cívica y democrática estadounidense *fuera* de sí misma —es el mito del Llanero Solitario, el noble forastero que resuelve los problemas locales; el de Superman, como recupera semana tras semana la serie televisiva *Smallville*—. Desde finales de los años 1960, Estados Unidos ha vivido una renovación democrática: hay más integración, justicia y equidad étnica, racial y de género, pero también insuficiencias: bloqueo político, pobre gestión económica, polarización partidista, fundamentalismo, políticas exteriores erróneas y pérdida de prestigio e influencia exterior. Y, peor aún, el creciente riesgo de desmovilización ciudadana a causa de la obcecación por el éxito y la autocomplacencia consumista.

Frente a esto —y aquí Wuthnow expone abiertamente un argumento *normativo*—, la

renovación democrática necesita algo más que mejores leyes y políticas. Es una cuestión *profundamente* cultural que precisa deliberación y determinación de deliberación consciente, tanto personal como colectiva, para *definir metas cívicas comunes y los medios de perseguirlas*, una deliberación que halle espacio en la familia, los centros de enseñanza, las asociaciones voluntarias, los foros públicos, los medios de comunicación de masas y hasta los partidos políticos, si son capaces de dejar de lado su rampante electoralismo. Pero, sobre todo, en «comunidades morales» fuertes —en ausencia de discriminación no habría riesgo de «balcanización»—, capaces de cuestionar, desde principios sustantivos diversos, los *supuestos culturales* que restringen las opciones intelectuales disponibles para pensar el mundo hasta de los mejor intencionados.

¿Está el propio discurso de Wuthnow a la altura de esta tarea? Considerándolo una expresión más de la «cultura profunda» que analiza, se percibe como supuesto tácito un antiguo enunciado sapiencial: el poder sin rectitud moral conduce al fracaso y la perdición. La evidencia actual abunda: ante los desafíos del nuevo orden mundial, la globalización y el ascenso de nuevas potencias —China, India, Brasil o Irán, o áreas regionales como Asia Sudoriental o el mundo islámico—, si Estados Unidos aspira a seguir siendo el «faro de la libertad», es decir, la potencia hegemónica en el mundo postsoviético, deberá recobrar el liderazgo moral mundial que ha perdido y que —piense lo que quiera la vanidad europea— sigue vacante. Por otra parte, el aprecio de los inmigrantes como quienes pueden tender puentes culturales con

otras naciones y hacer nuestras culturas más ricas y efectivas es una buena manera de comenzar a intentarlo.

Por cierto que... ¿cuáles son y dónde están, si es que existen, los «mitos *europesos*»? ¿Qué «pueblos», «naciones» o «estados» europeos están aún lo bastante vivos como para producir y reproducir ese tipo de relatos de identidad y propósito? Esas narraciones, ¿convergen en una gran narrativa continental, divergen, se ignoran mutuamente o se comunican misteriosamente entre sí como los miembros de una manada de viejas ballenas? ¿Qué relación —narrativa— existe, se desarrolla o se degrada entre «Europa» y la Unión Europea? Acaso nos vendrían bien algunos relatos de y sobre tales relatos.

Juan Manuel IRANZO AMATRÍAÍN

Harold Garfinkel

Estudios en etnometodología

(e.o. 1968, traducción de Hugo Antonio Pérez Hernáiz; Barcelona, Anthropos, 2006)

Al objeto de recordar que, *además* de una actividad profesional especializada, la investigación social es también una actividad «ordinaria», esto es, una característica endógena o propia de los diferentes campos/objetos de estudio definidos por la ciencia social, nada resulta tan útil como la llamada *etnometodología*, una línea de investigación radicalmente «radi-